

El Movimiento No Alineado

El Perú se incorporó al Movimiento de los No Alineados NOAL en la primera mitad de la década de 1970 y por buen tiempo tuvo en él activa participación. Aun cuando ya se habían superado o estabilizado varios temas de enfrentamiento con Estados Unidos, habiendo sido el principal la nacionalización de la International Petroleum Company, la participación en el NOAL se consideraba como un signo de independencia en política exterior y la posibilidad de una mayor participación en los asuntos internacionales. Varios países latinoamericanos ya se habían incorporado y, con el tiempo, los siguieron otros.

El NOAL fue creado a comienzos de la década de 1960 por iniciativa de tres líderes, Tito de Yugoslavia, Nehru de la India y Nasser de Egipto. Téngase presente que las grandes potencias en pugna y sus sistemas militares hacían mucha presión para que los países en desarrollo se inclinaran hacia sus posiciones. Esta división del mundo en bloques en nada favorecía a estos países, restringiendo su capacidad de acción en circunstancias en que el proceso de descolonización no había concluido y las políticas de poder se continuaban imponiendo casi sin restricciones. Esas fueron las grandes motivaciones y aspiraciones de muchos países pequeños y medianos: no encontrarse involucrados directa y acaso militarmente en la controversia mundial y contribuir a liquidar el colonialismo, ya para entonces huérfano de cualquier tipo de justificación.

La creación del No Alineamiento no desanimó a los bloques de continuar presionando e inclusive utilizando a ciertos países no alineados para influir en el movimiento. Ello era especialmente notorio con el bloque socialista, que se expresaba claramente y hasta con arrogancia a través de Cuba, Corea del Norte y otros. No quiere esto decir que el occidental se abstuviera de tales políticas.

Más allá de la conveniencia de hacer parte de una agrupación con tantos miembros en todas partes del planeta, lo que permitía una interlocución más amplia y variada, así como contactos con realidades de las que antes éramos lejanos, el Perú posiblemente logró del Movimiento No Alineado dos resultados significativos. El primero era el reconocimiento de la “vocación antiimperialista” del gobierno revolucionario de la fuerza armada, objetivo esencialmente coyuntural. El segundo, menos conocido, pero de mucho mayor proyección, fue la gestión de apoyo promovida por el destacado Embajador Alfonso Arias Schreiber a los planteamientos peruanos sobre política marítima, que se compartían con diversos países pero que en aquellos tiempos eran objeto de decidida oposición por otros, especialmente poderosos, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar.

Lo demás, fueron ejercicios complejos. Hubo muy fuertes presiones de los voceros del socialismo real para que el Movimiento se alineara con las posiciones encabezada por la Unión Soviética. Éstos esgrimían, entre otras, rebuscadas consideraciones su “pasado limpio del baldón del colonialismo” y su alegada vocación de “aliados naturales” de los países pobres y los recientemente independizados. Las diferencias de visiones entre los que querían mantener independencia de los grandes bloques político-militares y quienes alegremente

pretendían que los países miembros se alinearan con el mundo socialista, hacían difíciles, empecinadas y casi interminables las discusiones y hasta polémicas entre los miembros, que no siempre se resolvían apelando al criterio del consenso.

Los no alineados habían tempranamente adoptado en una reunión en Kabul, Afganistán, una versión de lo que debía entenderse por consenso, bastante bien ajustada a lo que implica este concepto. Lamentablemente, fue en la práctica donde la cuestión se complicó en exceso, especialmente por la evidente falta de buena fe de ciertos países influyentes. No poco dependía del país en que debía realizarse la siguiente reunión cumbre o ministerial del No Alineamiento; al que correspondía la responsabilidad, aunque no exclusivamente, de la preparación del borrador de la inevitable “declaración” que concluía cada encuentro. Contaba con un “Buro de coordinación” que intervenía mucho y había países que pretendían meterse en todo.

La tarea no era siempre grata pues los voceros de los “aliados naturales” eran bastante diestros manejando lenguajes entre hirientes y extorsionistas y se esmeraban en convencer a todos de que se les debía algo; lo cual obviamente no era el caso. Además, entendían bien que muchos países no querían hacerse problemas ni complicarse con enfrentamientos, dejando pasar las cosas porque en la vida real actuaban como les pareciera conveniente. Al final, no era práctica “expulsar” a los miembros y cuando se intentó con Egipto porque había negociado con Israel, la cosa no duró mucho.

Las negociaciones de estos “documentos consensuados” eran confusas, muchas veces absurdas y hasta odiosas. Algunas delegaciones tenían poco o ningún reparo en pelearse con la lógica, la evidencia y hasta la inteligencia al insistir en sus propósitos. No he visto peleas físicas, pero sí bastantes desagradables, hirientes e inconducentes. Al final, se discutía hasta si el consenso debía reflejar lo que efectivamente se podía haber acordado o si era necesario para excluir alguna idiotez que se hubiese consignado en el texto borrador.

Las declaraciones de las reuniones cumbres y ministeriales del Movimiento No Alineado nunca tenían menos de 200, 300 o más páginas, pues reflejaban esencialmente una “diplomacia de párrafo” que incluía cualquier tema que interesara a algún miembro, a cambio de que se incluyera también el que podría interesar a cualquier otra delegación. No sorprende entonces, que tales documentos “de consenso”, contuvieran también muchas páginas de explicaciones y reservas de gran número de delegaciones. Algunas se ahorraban el trabajo señalando que hacían reserva de todo el documento. Lo que era sorprendente, pero no parecía preocupar excesivamente a los no alineados, era que, al confrontarse con la realidad, sus documentos “consensuados” no determinarían la posición ni los votos de sus miembros en las organizaciones y conferencias internacionales, donde cada uno actuaba como le parecía.

La pérdida de relevancia del Movimiento no Alineado no debe sorprender y, posiblemente, sea irreversible.